

Discurso Rector (s), Dr. Juan Escrig Murúa

Inauguración Año Académico Usach 2026

20.04.2026 (11:00 horas) - Salón de Honor

-

Buenos días.

Hago propios los vocativos, saludando muy cordialmente a las autoridades universitarias, académicas y académicos, estudiantes, funcionarias y funcionarios presentes en esta ceremonia, así como a quienes nos acompañan en esta nueva inauguración del año académico de la Universidad de Santiago de Chile a través de nuestra transmisión oficial.

De manera muy especial, extendiendo este saludo al doctor Jorge Heine, académico, analista y diplomático de reconocida trayectoria internacional, quien hoy nos honra con su presencia y con la conferencia magistral titulada “Los desafíos de Chile en el nuevo escenario político mundial”.

Su participación en esta ceremonia tiene un profundo sentido, porque inaugurar un año académico no consiste únicamente en dar inicio a un calendario de clases, investigaciones, proyectos o actividades universitarias.

Inaugurar un año académico significa también detenernos un momento para mirar el tiempo que vivimos, reconocer el contexto en que enseñamos, investigamos y debatimos, y preguntarnos desde qué lugar una universidad pública como la nuestra quiere —y debe— contribuir al país y al mundo.

Las universidades no viven separadas de lo que ocurre en la sociedad, en la política, en la economía o en el mundo, sino que están inevitablemente atravesadas por su contexto.

Y probablemente hoy eso resulta aún más evidente.

Vivimos en una época en que las fronteras entre lo local y lo global se han vuelto cada vez más permeables, donde una decisión política tomada a miles de kilómetros de distancia puede repercutir en nuestras economías, en nuestras relaciones internacionales, en nuestras prioridades institucionales y, por cierto, en la vida cotidiana de nuestras comunidades.

Cada tensión internacional, cada conflicto abierto, cada redefinición de alianzas estratégicas, cada transformación tecnológica y cada discusión sobre desarrollo termina impactando, de una u otra manera, en los países y en sus sistemas educativos.

Y frente a ello, las universidades tienen una tarea irrenunciable: comprender, interpretar críticamente y aportar reflexiones rigurosas, precisamente allí donde muchas veces predominan la velocidad, la simplificación o la incertidumbre.

Porque en tiempos de complejidad, el conocimiento no es un actor secundario: es parte central de la respuesta.

Hoy observamos un escenario internacional marcado por profundas tensiones geopolíticas, por conflictos armados que siguen afectando gravemente a poblaciones civiles, por desplazamientos humanos masivos, por nuevas disputas energéticas y tecnológicas, y por una creciente discusión respecto del papel que deben cumplir los Estados en materias esenciales para el bienestar de sus pueblos.

La devastación humanitaria que observamos en Gaza, por ejemplo, interpela profundamente a la conciencia del mundo entero. Nos enfrenta, una vez más, a la pregunta sobre cuánto valor real asigna la comunidad internacional a la vida humana, al derecho internacional y a la dignidad de las personas cuando los conflictos alcanzan niveles de sufrimiento tan devastadores.

Son hechos que remecen no solo la política global, sino también la sensibilidad de nuestras comunidades universitarias, especialmente de nuevas generaciones que observan estos procesos con atención, con sensibilidad crítica y con legítima preocupación.

Porque la universidad también es un espacio donde el mundo entra, se discute, se piensa y se interroga.

A ello se suma otro fenómeno que merece atención.

En distintos países observamos hoy el resurgimiento de enfoques que relativizan el valor estratégico de la educación superior, restringen apoyos públicos al conocimiento y tensionan el papel histórico de las universidades como espacios de pensamiento crítico, movilidad social y construcción democrática.

En algunos casos, el debate público vuelve a instalar la idea de que invertir en universidades, en ciencia o en investigación puede ser una cuestión secundaria frente a otras urgencias. Y sin embargo, la experiencia internacional demuestra exactamente lo contrario.

Cada país que ha logrado fortalecer su posición en escenarios complejos lo ha hecho apostando por más conocimiento, por más formación avanzada, por más ciencia y por más capacidad de innovación.

Nunca por menos.

Por eso, cuando observamos debates contemporáneos sobre financiamiento universitario, sobre investigación o sobre el alcance de políticas públicas en educación superior, lo que realmente está en discusión es qué tipo de desarrollo queremos construir.

Ese debate también está presente en Chile y, en ese contexto, las universidades estatales tenemos una responsabilidad mayor.

Debemos recordar permanentemente que la educación superior pública no constituye un gasto prescindible, sino una inversión estratégica para el desarrollo nacional y la cohesión social.

Mientras algunas realidades muestran restricciones, otras avanzan con fuerza.

La expansión acelerada de la inteligencia artificial, las nuevas políticas tecnológicas impulsadas por grandes potencias, y la competencia global por liderazgo científico

muestran que el conocimiento está nuevamente en el centro de las decisiones estratégicas del mundo.

Pero ese avance también nos exige preguntas de fondo.

No basta con incorporar nuevas herramientas. Debemos preguntarnos con qué propósito las usamos, qué tipo de desarrollo acompañan y cómo aseguramos que su expansión no profundice desigualdades ni comprometa principios esenciales como la sostenibilidad, la ética y el bienestar colectivo.

La universidad tiene mucho que decir en ese debate, y una universidad pública como la nuestra tiene aún más responsabilidad, porque no observamos estos procesos desde lejos:

Los vivimos.

Los estudiamos.

Y los traducimos en investigación, en docencia, en innovación y en compromiso con nuestro país.

En la Universidad de Santiago de Chile tenemos desafíos institucionales significativos. Uno de ellos es avanzar con convicción hacia nuestro próximo proceso de reacreditación institucional.

Y debemos comprenderlo no solo como una exigencia formal, sino como una oportunidad concreta para reafirmar aquello que históricamente nos ha distinguido: excelencia académica, vocación pública, capacidad de articulación y compromiso con el desarrollo nacional.

Nuestra tarea no consiste solo en sostener estándares.

Consiste en proyectar una comunidad académica capaz de responder mejor a las exigencias del presente y de anticipar el futuro.

Por eso seguimos fortaleciendo la articulación entre pregrado, investigación y posgrado. Por eso impulsamos nuevas políticas académicas, fortalecemos

instrumentos de apoyo a la investigación y ampliamos nuestras redes de cooperación nacional e internacional.

Porque sabemos que una universidad relevante no solo forma profesionales, sino también produce pensamiento, genera capacidades y contribuye a ampliar horizontes para el país.

La Universidad de Santiago tiene historia.

Tiene prestigio.

Tiene una identidad construida precisamente en esa relación permanente entre excelencia académica y responsabilidad pública.

Y esa identidad hoy debe proyectarse con claridad.

Debemos seguir haciéndonos visibles en el mundo, recibiendo nuevas colaboraciones, ampliando intercambios y consolidando vínculos internacionales.

Porque cuando el mundo se vuelve más incierto, las universidades públicas no pueden retroceder. Al contrario: deben pensar mejor, formar mejor y comprometerse aún más con el futuro colectivo.

En momentos en que en distintos lugares del mundo resurgen discursos que relativizan el valor de la educación pública, que debilitan el financiamiento de la ciencia y que reducen el conocimiento a una lógica estrictamente utilitaria, resulta indispensable recordar algo fundamental: no hay desarrollo sostenible, cohesión democrática ni soberanía real posible en países que deciden mirar a sus universidades como un gasto y no como una inversión estratégica de futuro.

Deseo sinceramente que este año académico 2026 sea un tiempo fecundo para nuestra comunidad universitaria. Un tiempo de trabajo serio, de diálogo amplio, de nuevas ideas y de avances concretos.

Un tiempo en que sigamos fortaleciendo aquello que nos define como Universidad de Santiago de Chile: una institución pública que piensa, que aporta y que no renuncia a su responsabilidad con la sociedad.

Le agradezco nuevamente, Dr. Heine, por acompañarnos hoy y compartir con nosotros y nosotras su conocimiento.